

El Guadalete.

La fiesta de Nra. Sra. del Carmen O DEL SANTO ESCAPULARIO

Grande y magnánima es todo lo que se refiere a advocaciones y devociones, pero no sé qué tiene la devoción de la Santísima Virgen del Carmen, que parece la más popularizada, la más simpática y en una palabra la más extendida!

¡Qué magnífico es el 16 de Julio! ¡Cuántos recuerdos gratos y religiosos guarda esta santa devoción! ¡Cuántos mártires recuerda la Iglesia por el triunfo de su Santa Cruz!

Hoy los héroes españoles que murieron por el triunfo del estandarte de la Gloria, se unirán con nosotros cuando ostentando aquella prenda que María del Carmen entregó a su santo siervo Simón Stock, le dijo estas palabras:

«Recibe amado hijo mío esta escapulario para ti y para tu Orden, en prenda de mi especial benevolencia y protección, que sirva de privilegio a todos los carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos, y mis siervos. En él te entrego una señal de predestinación y una como escritura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda a la santidad del hábito.

El que tuviese la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la eterna Bienaventuranza.»

¡Oh, qué admirables y consoladoras palabras! ¡Cuán amor y misericordia encierra cada vocablo y cuán imborrable é imperecedero es todo lo concerniente a nuestra sacrosanta Religión!

Por eso, vemos que, a pesar del trascuro de más de seis siglos, no ha decaído tan hermosa devoción, antes al contrario, cada día aumenta más y más.

Hubo un día de esos brillantes para nuestra gloriosa religión; día en que, animándose la sangre europea, toma sus armas y allá van al Oriente a libertar no solo a nuestros hermanos los cristianos, sino a defender y a morir por Cristo. Rescatan no solo a los fieles sino a los santos lugares, donde por la opresión de los infieles habían usurpado por tanto tiempo. Entonces nuestros soldados admirados de ver aquellos ermitaños por tantos años en la Palestina encerrados en las cavernas del monte Carmelo que de ahí toman el nombre de Carmelitas, los animan y les ayudan y con la protección del santo rey Luis que en uno de esos impulsos de caridad religiosa se crece a protegerlos y a extender esta tan santa y tierna devoción.

Este Rey santo, de feliz memoria, había de ser más tarde testigo de uno de los innumerables milagros que la Santísima Virgen había de hacer como antes lo había hecho a su siervo Simón.

Recibiendo un soldado en el último sitio de Montpellier un mosqueazo, detúvose la bala sin sufrir lesión alguna en la superficie anterior del santo escapulario; admirado el santo de prodigio tan grande, descubrió al mundo este tesoro

Imposible sería retener en la memoria los muchos milagros con que esta gran señora nos ha concedido en todos los tiempos, en los momentos de tribulación, en esas situaciones difíciles en que la inteligencia más avanzada no acertaría a solucionar problemas tan difíciles. ¡Cuándo podrá olvidar el marino que envuelto su barco entre las embravecidas olas y dispuesto a sepultarse él y toda la tripulación, sólo un arranque de fe, una confianza en María una exclamación. ¡Madre mía del

Carmen por tu escapulario santo salvadnos! ¡Cuán en medio del incendio más voraz se ha visto salir ilesas tantas y tantas almas? Y por último, ¡cuántas conversiones de almas que yacían inertes en la fe y una petición hecha de lo íntimo del corazón como lo hiciera el profeta Elías cuando en la cima del monte Carmelo pidió a Dios convertir al Rey Ahab con su pueblo.

Pidamos nosotros a la Santísima Virgen y muy principalmente en este día en que se celebra también el triunfo de la Santa Cruz, que triunfemos nosotros de la guerra que sostenemos con Satanás, para que cobijados con el manto de nuestra Madre seamos arrebatados, cual otro Elías, al Paraíso de la Gloria.

X. X. X.

Hoy 16 de Julio de 1900.

DESDE PARÍS

12 de Julio de 1900.

LA EUROPA Y LA CHINA.

En nuestra correspondencia de antea y empezamos un estudio sobre la China que continuaremos en una serie de breves artículos, rindiendo así culto a la grande actualidad del momento.

Hace ocho días que pasamos por las alternativas más diversas. Llegan por la mañana despachos anunciando que todos los europeos residentes en Pekín han sido pasados a degüello; y que en Che-Fú y en Changay esta matanza no ofrece duda mas por la noche telegrafían de Hong-Kong que las dos legaciones en que los europeos se habían refugiado, continúan resistiendo el ataque de los amotinados. Al día siguiente llega la noticia de que sólo se sostiene una legación y que el ataque de los chinos parece disminuir; que éstos han experimentado pérdidas enormes; que la división se ha introducido en sus filas; que la falta de municiones y de víveres es lo único que puede comprometer la situación de los europeos. En resumen, nada se sabe con precisión y los temores más crueles nos parecen más justificados que las vagas esperanzas que se trata de alimentar.

Es posible que algunos mandarines podían conseguir sustraer a la muerte a ciertos europeos encerrados en Pekín y que procuran convertirlos en rehenes preciosos para el día del arreglo de cuentas. Esta manera de proceder es propia del carácter y de las costumbres chinas. No de otra manera sucederían las cosas, si esos mandarines fuesen dueños de la situación. Pero las pasiones populares se han desencadenado de tal modo que los grandes jefes se hallan al parecer imposibilitados de hacer ejecutar sus órdenes.

Lo cierto es que no hay posibilidad de socorrer a las legaciones. Recordéase que en 1850 y en 1860, en su marcha sobre Pekín, la columna anglo-francesa, compuesta de 20.000 hombres no tenía que combatir más que a los regulares chinos y a la caballería tártara y que la gran masa del pueblo chino permanecía indiferente a aquella lucha, mientras que ahora todo el país entre Ta-kin, Tien-Tsin y Pekín está sublevado. Por consiguiente necesitarían al menos 50.000 hombres para arriesgar una marcha contra la capital del imperio. Para reunir semejante efectivo se necesita tiempo como se necesita para abastecerlos de víveres y municiones y para reunir el material de transportes necesario que requiere una campaña destinada a ser muy ruda, porque los chinos se encuentran hoy mejor armados que en 1860; sus tropas son aguerridas; su lucha reciente con los japoneses los puso al corriente de la táctica moderna, y en suma los europeos no disponen mas que de tres meses. En llegando Octubre, habría necesidad de pasar a los cuarteles de invierno. Los cambios de temperatura son muy bruscos en aquellas regiones. En este momento las tropas aliadas tienen que soportar 40 grados de calor y en Enero el termómetro baja con frecuencia hasta 17 y 20 grados de frío. La desembocadura del Pei-Ho se hiel; parte del golfo del Pechil se congela témporas enormes. En tales condiciones es muy difícil abastecer una columna expedicionaria.

Cuando a mediados de Octubre de 1860 el general Cousin de Montauban hubo obtenido en Pekín la firma del tratado de paz, cuidóse enseguida de conducir sus tropas a la costa, a fin de no exponerlas a

los desastres que pudiera acarrearles el invierno.

El 22 de Noviembre entregó el mando al general Collineau y embarcóse con el grueso de sus tropas para ir a acuartelarse en Changhay.

A mediados de Septiembre, varios parlamentarios ingleses y franceses habían caído en un lazo que les tendieron los mandarines. Al echarles en cara aquella traición, los chinos mintieron, según costumbre, y prometieron en absoluto que los oficiales y soldados hechos prisioneros, serían pronto puestos en libertad. Al mismo tiempo aseguraban que estos eran tratados con toda clase de consideraciones. Sin embargo, más tarde se encontraron en el Palacio de Verano los uniformes de aquellos infelices que habían sido asesinados. En dichos uniformes había trazas evidentes de los tormentos y ultrajes terribles que habían sufrido las víctimas de la barbarie china. Los prisioneros que algún tiempo después recobraron la libertad, dieron detalles horrorosos sobre aquellos martirios.

El Sr. Escayrac de Lanture, que el príncipe Kong pretendía haber tratado con la mayor benevolencia, estaba defigurado por el sufrimiento y llevaba las trazas de horrible mutilación. Por él se supo que Mr. Normand, primer agregado a la embajada inglesa, había sido herido de un sablazo en la cabeza; después de lo cual le ataron de pies y manos y en vez de curarlo, le dejaron abandonado para que los bichos le comiesen el cerebro. El correspondiente del Times, Mr. Bowoy había sido arrojado a una pocilga donde le devoraron los puercos.

A los prisioneros se les mataba de hambre, y cuando pedían de comer, les herían con lanzas, metiéndoles excrementos en la boca.

He aquí el testimonio oficial de un prisionero inglés sobre la muerte del teniente Anderson.

«Después de habernos maniatado a todos, se mojaron nuestras cuerdas a fin de que se apretasen las ligaduras. Después los chinos nos transportaron a un patio, donde permanecimos tres días expuestos al frío y al calor del sol.

«El segundo día, Mr. Anderson tuvo el delirio a consecuencia del sol y de la falta de alimento. No nos habían dado nada que comer. Por fin nos dieron un pedazo de pan y un poco de agua. Durante el día, el patio estaba abierto, y centenares de personas acudían a vernos.

«Por la noche, un soldado estaba de centinela para vigilar a cada prisionero. Si decíamos una palabra o pedíamos agua, nos pisoteaba; y si pedíamos de comer, nos llenaba la boca de porquería.

«Al fin del tercer día, nos pusieron grilletes al cuello, en las muñecas y en los pies.

«El delirio no abandonó a Mr. Anderson hasta su muerte, ocurrida nueve días después de su prisión. Dos días antes, sus dos brazos habían rebentado a causa de la tensión de las ligaduras; se habían gangrenado, quedando los huesos a descubierto. Viviendo aún, empezaron a comérselos los gusanos.

«Su cadáver quedó allí abandonado durante tres días. Luego se lo llevaron.»

Como se ve, una guerra con esa China, que muchos calificaban ridículamente de cantidad despreciable, es cosa seria. La Europa se ve metida en una cuestión muy grave. Por tanto, no está demás recordar lo que pasó hace unos cuarenta años. Las dificultades vencidas se olvidan pronto y convendría tenerlas presente a fin de no cometer las mismas faltas que tan caras costaron entonces.

Pronto publicaremos una serie de artículos sobre la participación de España en la Exposición Universal de París.

En estos artículos se hablará de los productos expuestos y de la gestión de la Comisaría española.

A. SAISSY.

EL GENERAL ZELAYA.

En la prensa de Nicaragua encontramos un notable artículo firmado Pedro C. Salcedo. Es un retrato al agua fuerte del general Zelaya, y como dice muy bien el doctor D. Fernando Sánchez, más que escrito con una pluma parece esculpido con un cincel. No lo reproducimos íntegro por falta de espacio; pero los siguientes párrafos bastan para dar una idea de su mérito artístico.

«Su perfil puede decirse que es de bronce, como hecho para grabarse en las me-

dallas con que perpetuaban sus egípcos los emperadores romanos.

«Está lejos de la vulgaridad por los contornos sobresalientes de su cuerpo y de su espíritu; de su cuerpo vigoroso y de su espíritu superior al medio ambiente que le rodea.

El presidente de Nicaragua tiene don de mando y don de gentes.

Pulcro en el vestir, de porte distinguido, reposado en sus palabras, infatigable en sus deberes, afectuoso en su trato, es el ejemplo de una activa, constante y correcto desu propia administración, que él sostiene con sus puños de acero.

De laboriosidad sin límites, dotado de memoria prodigiosa, está en el último detalle y conoce el último secreto del organismo administrativo. En eso estriba su verdadero poder, porque en un caso dado no necesita de nadie para desarrollar los planes de su política.

Permanece estoico ante los conflictos más graves e infunde confianza con su actitud majestuosa a los que le rodean. De él puede afirmarse que se ocupa, pero que no se preocupa de las dificultades innumerables que le acechan.

Tiene tres grandes cualidades como gobernante: sabe escuchar, sabe negar y sabe olvidar. Y tres grandes virtudes como hombre público: respeto por sí mismo, por el puesto que ocupa y por el partido que representa.

«Green ciertos ilusos que el general Zelaya está solo, rodeado nada más que de sus edecanos. Se equivocan. El día que él caiga herido por la muerte o la traición, habrá pechos que lloran y manos que le venguen.

Hoy por hoy, los hombres más sensatos de las distintas fracciones políticas le rodean y le prestan el contingente de sus luces; mañana se acercarán a él los intranquilos de ahora para pedirle que continúe un nuevo período que garantice la tranquilidad de este país maravilloso, que solo necesita de paz para ser uno de los más ricos y felices del continente.

He observado atentamente y sin pasión política alguna al general Zelaya, durante cinco años que llevo de permanencia en Nicaragua. Es esta la primera vez que mi pluma hace de él público elogio. De él no espero nada, porque pronto me alejaré, quizás para siempre, de esta tierra generosa. Puedo por tanto declarar en alta voz, sin temor a juicio ajeno, ni a suspicacias de sectarios, la sincera y profunda admiración que siento por él, por sus luchas incomparables, por su serenidad olímpica, por su altivez en el peligro, por su magnanimidad en la victoria, por la nobleza de su alma y de sus acciones.»

¡CORTA MÁS ARRIBA!

Mr. John Harris, distinguido ingeniero inglés, recorrió durante dos meses gran parte de la provincia de Huesca, con objeto de hacer concienzudos estudios mineralógicos. Le acompañaba un muchacho vizcaíno de toda confianza.

Sucedió, pues, que una tarde, a pesar de la práctica del guía que llevaba consigo, se extraviaron, yendo a parar a un sitio agreste y solitario donde no se vislumbraba señal alguna de vivienda. El sol iba declinando en el horizonte, y el maldito guía completamente desorientado, acabó por confesar que no sabía hacia qué punto dirigirse para pasar bajo techado la noche, que se venía encima a toda prisa.

El desconfiado mister comenzó a mirar de reojo al paisano, sospechando si se las habría con algún bandido. Verdad es que él y su criado vizcaíno llevaban armas, y que cualquiera de los dos se bastaría para acoquinarse, pero... ¿y si formaba parte de alguna cuadrilla de salteadores y le había conducido intencionadamente a tan solitario paraje con el fin de asesinarle?

Estos malos pensamientos eran hijos naturales de la idea que el inglés tenía formada de España, donde (según datos adquiridos en las propias islas Británicas) sale detrás de cada mata o peñasco un bandido armado con tremendo trabuco naranjero para exigir al viandante la bolsa o la vida.

Mr. Harris, echando mano al bolsillo, se cercioró de que no se había olvidado del revólver, y ojo avisor siguió los tortuosos senderos por donde iba conduciéndolos, al azar, el vacilante guía. Por fin, después de trepar por varios viconetos, trasponer cerros y travesar cañadas, dieron providencialmente con la carretera, y a poco trecho con una casa de modestísimo aspecto.

Allí se entraron y adquirieron noticias, que les facilitó el dueño, un aragonésota

alto y fornido, de no muy buena catadura en opinión de mister; tampoco la mujer tenía una de esas caras agradables de las que se dice ser una carta de recomendación de la naturaleza: era chata, de cejirino color y bisoja por añadidura... ¡Vaya una parejita de encargo!

Enterados del caso, resultó que para ir al pueblo más próximo había que andar dos leguas cuesta arriba, y como a todo esto había cerrado ya la noche, decidíase el inglés (que hablaba bastante bien el castellano) a ajustar con el patrón el hospedaje para ir y para su servidumbre, sólo por aquella noche; al día siguiente almorzarían lo que hubiera y pondríanse de nuevo en camino.

Conforme el dueño con aquel programa, puso su propio lecho nupcial a disposición del caballero, y destinó el pajar para el criado y el guía. La mujer mudó la ropa de la cama, y poco después acostábase en ella Mr. Harris; era la tal cama uno de esos antiguos y elevados armatostes que hacen meditar sobre la peligrosa contingencia de una caída.

Hora y media transcurrió sin que nuestro inglés lograra conciliar el sueño, a pesar del cansancio que le había producido la larga y penosa caminata. Las tinieblas de aquella desconocida alcoba poblaron su mente de fantasmas terribles... Con maravillosa rapidez forjóse una novela que le pareció perfectamente verosímil: había caído en una emboscada, ó mejor, en una ratonera; aquella casa era una cueva de ladrones, el mal encarado patrón su jefe; el guía un comisionado para traer las víctimas...

Ocurriósele la idea de levantarse y buscar la salvación por la ventana, y cuando este propósito estaba acariciando oyó de pronto ciertos delatores crujidos de la madera del piso, no precisamente en la alcoba, sino en la empinada y patibularia escalera que a ella conducía.

«¿Quién se acercaba con precaución...? ¡Se dió por perdido!

Abrióse sin ruido la puerta y se iluminó la estancia...

Mr. Harris dirigió una temerosa visual por entre los entornados párpados, sin moverse, y lo que vio le puso la carne de gallina.

Apreció primero la antipática bisoja, andando de puntillas, con un candil en una mano y un dedo de la otra sobre los labios, como recomendando el silencio detrás venía el patrón esgrimiendo un formidable cuchillo, cuya ancha y acerada hoja brillaba con siniestros fulgúres...

«El inglés, que había dejado su revólver en una silla junto a la cama, no tuvo fuerzas ni aun para apoderarse de él; háblale paralizado el terror... Además, no le dejaban tiempo, porque la silla estaba allá abajo, a vara y media de la cabecera. Prefirió hacerse el dormido; tal vez se contentarían con robarle...

«¡Está durmiendo!—dijo ella en voz baja.

«¡Otra que Dios, me alegro!...

«Pues anda, y cuanto antes...

«Espera a que ponga un sillico; está muy alto.

«No metas ruido, bruto, y da un tajo de una vez...

«¡Aza más el candil, que no veo.

«¡Corta más arriba, animal!

Mr. Harris se encomendó a Dios.

Cuando él cuenta la precedente aventura, se detiene al llegar a este punto culminante, y dice con asembro de los que le escuchan:

«La verdad es que aquél aragonés y su consorte, según supe luego, eran dos honradísimas personas, incapaces de hacer daño ni a una mosca.

«Pero bueno—le preguntan—¿en qué paró esa horrible escena?

«En que abrí despavorido los ojos y vi... que el patrón se había subido en una silla para cortar un buen trozo de longaniza, de varias que estaban colgando del techo. ¡Mi almuerzo del día siguiente!

RAMIRO BLANCO.

Sección Literaria

ALBORADA.

Mari, sal, que ya asoma el gaitero; Mari, sal, que ya viene hacia acá, con la pluma de gallo al sombrero, contento y ligero.

¡Qué garrido, qué mejo que está! Ya la niebla subió a la montaña, ya la gaita preludia su son.

¡Por qué, dime, la voz se me empaña?

